Prólogo a «El barón» de Leandro Fernández de Moratín

Domingo Miras Molina

PERSONAJES

por orden de intervención

JOAQUÍN DE LUNA.

RITA LUNA / ISABEL.

COLETA PAZ / FERMINA.

ANTONIO PINTO / DON PEDRO.

MARIANO QUEROL / PASCUAL.

JOAQUINA BRIONES / LA TÍA MÓNICA.

ISIDORO MÁIQUEZ / EL BARÓN.

GARCÍA PARRA / LEONARDO.

La acción del *Prólogo*, en Madrid, el 29 de diciembre de 1803.

Un amplio y destartalado local de mugrientas y desconchadas paredes, con algún sucio cajón de embalajes, alguna silla desvencijada, algún otro trasto sin dueño. Se trata de un viejo teatro cualquiera en el estado de retiro y abandono que precede a la piqueta, a la transformación en casa de vecinos, de más cómoda y segura renta y menos sinsabores en estos tiempos oscuros en que el teatro está en baja: anda en sus estertores el año de gracia de 1803, y no hay persona culta o que aparente serlo que no arremeta contra nuestro macilento arte escénico, enteramente en las

manos del prolífico Comella, cuya adiestrada mosquetería se encarga de hundir en la procelosa Sirte del estreno todo conato de regeneración que intente cualquier rival en ciernes. De los caídos y maltrechos telares penden paños y prendas diversas de vestir, que alguien ha puesto a secar. Tras una corta pausa, se oyen voces y unos golpes que llaman en la puerta de la chácena.

VOCES FUERA.- ¡Eh, don Joaquín! ¡Eh! ¡Abra esta puerta, que nos helamos!

(Por una puerta de camerinos sale el viejo actor jubilado JOAQUÍN DE LUNA**, que actualmente es el conserje y guarda del también jubilado teatro, y cruza la escena para abrir a quienes llaman.)**

JOAQUÍN DE LUNA.- Ya, ya voy, ya. No os heláis, no, qué os vais a helar. ¡Menudos sois vosotros! **(Descorre el cerrojo, abriendo la puerta.)** ¡Hale, adentro, pandilla de zánganos! ¡Buchones!

(Entra un grupo de cómicos. Son RITA LUNA**,** JOAQUINA BRIONES**,** COLETA PAZ**,** ANTONIO PINTO **y** MARIANO QUEROL**, con sus sombreros de dos picos atravesados y calados hasta los ojos, redes en el pelo, embozado en su capa el que la tiene y en su mantón las damas, y todos con ademán friolero y malcontento.)**

RITA LUNA.- **(Entrando.)** ¡Ay, Virgen, qué día! ¿No tendrá usted un cafelito, padre, que vengo arecida?

JOAQUÍN DE LUNA.- Aquí no se gastan cafeses.

COLETA PAZ.- **(Que se ha desprendido del manto y palpa la ropa tendida, comprobando su estado de humedad.)** Tienes un padre muy chapado a la antigua, hija. Chocolate calentito, y mojar lo que se tercie.

RITA LUNA.- Pues sabiendo que hoy venía gente, podía haberse prevenido.

JOAQUÍN DE LUNA.- Lo dicho: aquí no se gastan cafeses.

ANTONIO PINTO.- También yo soy del bando del soconusco, también. El café pone nervioso, y eso no puede ser bueno.

RITA LUNA.- Vaya, no se hable más y saquen lo que sea con tal que esté caliente, que tengo los pies calados.

JOAQUÍN DE LUNA.- Vente al brasero, y te descalzas. Y vosotros también, pasad todos.

COLETA PAZ.- ¡Pero cómo van a caber todos en ese cuchitril!

ANTONIO PINTO.- ¡Tampoco es para tanto!

QUEROL.- ¿Que no es para tanto? ¡Madre mía, y yo con la capa en las garras del Monte!

RITA LUNA.- A ver si entre todos sacáis aquí el brasero y las sillas que veáis, no os quedéis cruzados de brazos, que me voy a helar.

JOAQUÍN DE LUNA.- Eso en un instante se hace. Echad una mano, señoritos.

(Le siguen los dos hombres y COLETA**, y el coloquio continúa mientras se realiza la sencilla operación de traer el brasero y tres sillas.)**

QUEROL.- ¡Qué nevazo!

JOAQUINA BRIONES.- ¡Está Madrid más blanco que un difunto!

QUEROL.- ¡La misma cara de *La Tirana,* metida en su caja!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Iba muy propia? ¿Cómo estaba?

JOAQUINA BRIONES.- Estaba muy guapa, toda con flores alrededor.

ANTONIO PINTO.- Muy flaca la había dejado tanta enfermedad, pero iba muy aparente.

COLETA PAZ.- La piel encima de los huesos, y más

amarilla que un cirio.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡En qué quedamos!

RITA LUNA.- ¿Trae usted el chocolate, o lo traigo yo?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Un empleo como este es peor que una cadena! ¡Ni al entierro de *La Tirana*, puede uno ir!

RITA LUNA.- ¡Dónde querrá ir usted, a sus años y con este tiempo! ¡Pero que traiga usted el chocolate, hombre!

COLETA PAZ.- Deja, yo lo traeré. Tiene que haber un puchero lleno, que dejé al salir.

JOAQUÍN DE LUNA.- **(Mientras sale** COLETA**.)** ¡Habrá sido un entierro sonado! ¡Todo Madrid, despidiendo a la reina de su teatro!

ANTONIO PINTO.- Cuatro gatos.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Estamos de chirigota?

JOAQUINA BRIONES.- Los de la profesión, y ni eso. ¡Pero quién iba a ir, con este frío!

QUEROL.- ¡Mira que irse a morir en el día de los Inocentes! ¡Vaya inocentada!

ANTONIO PINTO.- Y luego, el testamento, mandando la enterrasen de secreto.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿De secreto, el entierro de *La Tirana*?

RITA LUNA.- Ella lo dispuso, y así ha evitado que se anuncie y no vaya nadie. ¿Y a que no acierta usted dónde la han enterrado?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿No ha sido en la capilla de la Virgen de la Novena?

COLETA PAZ.- **(Que trae el chocolate.)** En los Padres Carmelitas Descalzos. También lo mandó en el testamento.

JOAQUÍN DE LUNA.- **(Algo contrariado.)** A María Antonia Fernández, *La Caramba*, la enterraron en la Novena.

RITA LUNA.- Pues a María del Rosario Fernández, *La Tirana*, la han enterrado en los Carmelitas.

QUEROL.- Así, cada una tiene su iglesia.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Válgame Dios, adónde ha ido a parar la pobre *Tirana*! ¡A la calle de Alcalá! ¡Y encima, sin lucimiento! ¡Con lo que fue el entierro de *La Caramba*, en el año ochenta y siete! ¡Vaya entierro!

JOAQUINA BRIONES.- Ahora son otros tiempos.

ANTONIO PINTO.- ¡Y tan otros! ¡Dieciséis años de diferencia!

JOAQUÍN DE LUNA.- **(Abatido.)** Se ha muerto *La Tirana*, y no ha ido el público a su entierro. Mal asunto. Esto se acaba, y no hay remedio.

QUEROL.- ¿Qué es lo que se acaba?

JOAQUÍN DE LUNA.- El teatro, hombre, ¿es que no te das cuenta? ¡El teatro, que se nos va! ¡Que se nos muere también, y veremos quién lo entierra!

RITA LUNA.- ¡Ay, padre, siempre con sus ideas negras! Se ha muerto María del Rosario, y todos lo sentimos mucho, pero ya está. La vida sigue, y el teatro también.

ANTONIO PINTO.- No, Rita, no está tan claro. No hay más que mirar alrededor, a esta cochambre que se derrumba. Y esto era un teatro, imagínate.

JOAQUINA BRIONES.- ¡Más vale no mirarlo, que parece un panteón!

COLETA PAZ.- ¡Ay, se me están encogiendo las entrañas!

RITA LUNA.- ¡Y a mí también, y no sé por qué! Esto era un teatro particular de hoy te pongo, mañana te quito. Pero a ver si están así de caídos y ruines los Caños del Peral, o el de la Cruz, o el del Príncipe.

QUEROL.- Pues dicen que el de la Cruz lo van a derribar.

RITA LUNA.- ¿Qué? ¿Mi teatro? ¡Tú estás loco! ¿Quién ha dicho eso, que yo no lo he oído? ¡El teatro de la Cruz tiene detrás mucha historia, muchos estrenos de Lope de Vega y Calderón de la Barca! ¡Si alguien quisiera derribar ese teatro, el pueblo de Madrid saltaría con las uñas así!

JOAQUÍN DE LUNA.- Al pueblo de Madrid le importa un ochavo su teatro. Y a sus autoridades, menos.

ANTONIO PINTO.- ¡Hombre, Joaquín, tampoco es eso!

JOAQUÍN DE LUNA.- Los ilustrados critican el teatro de Comella, lo desacreditan, pero no se les ocurre qué poner en su lugar. Echan mano de traducciones francesas, y el público no las traga y no va. Esa es la situación.

ANTONIO PINTO.- Eh, cuidado, pero una situación que ya está arreglada. Se han vuelto a poner obras de don Luciano Francisco Comella, el público ha vuelto a ir, y en paz.

JOAQUÍN DE LUNA.- Sí, pero con un Comella que ya ha sido atacado, que se le discute...

JOAQUINA BRIONES.- Pues mira, el primero que le atacó fue Moratín, en *La comedia nueva*, y justamente esa obra la estrenó tu hija, así que no te quejes.

RITA LUNA.- Es verdad, con la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe. Juana García hizo la primera dama, y yo la segunda. Ya va a hacer doce años.

JOAQUÍN DE LUNA.- Entonces pareció que la disputa animaría el cotarro, pero resulta que lo hundió.

ANTONIO PINTO.-¡Que no es eso, hombre, que no es eso!

JOAQUÍN DE LUNA.- Ha hecho mucho daño Moratín.

COLETA PAZ.- Usted dice eso porque es un devoto de Comella, pero todos no dicen lo mismo.

JOAQUÍN DE LUNA.- Nos vino aquí el buen señor, con sus gustos afrancesados y sus malditas tres unidades, y hay que ver lo que nos echó encima. ¿Y la Junta de Reforma? ¿Eh? ¿Y cuando se sacó de la manga la junta de Reforma, el fandango que armó allí?

(Risas generales.)

ANTONIO PINTO.-¡Que en aquella Junta no estaba él solo, Joaquín!

JOAQUÍN DE LUNA.-¡Pero en la Mesa de Censura de aquella Junta sí que era él solo el que mandaba! ¿Y cuántas obras prohibió? ¿Y qué obras?

ANTONIO PINTO.-Por favor, corramos sobre eso un tupido velo...

JOAQUÍN DE LUNA.-**(Embalado.)** ¡Qué tupido velo ni qué leches! ¡Prohibió más de seiscientas obras en menos de un año! ¡Y una de las que prohibió fue *La vida es sueño*, de Calderón! ¡En nombre del buen gusto! ¡Prohibió *La vida es sueño* en nombre del buen gusto! ¡Toma! ¡Por no cumplir las tres unidades de Aristóteles! ¡Se necesita ser animal! ¡Prohibió *La vida es sueño*! ¡Y *La prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina! ¡Y *El mágico prodigioso*, y *El príncipe constante*, de Calderón! ¡Qué bestia! ¡Todo Comella prohibido de un plumazo!

RITA LUNA.-¡Sí que la hizo buena el gran don Leandro, sí! ¡Aquellos teatros vacíos, que parecía que actuábamos sólo para las butacas!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Je, je! ¡Al público no se le da con queso! ¡Ese sí sabe lo que quiere! ¡Comedias francesas traducidas, para que tengan las tres unidades! ¡Pues, no señor! ¡Ni las tres unidades, ni las trescientas unidades! ¡Queremos nuestro teatro, el nuestro, el español, con su Lope, su Calderón, su Cañizares, su Comella! ¡Lo queremos, porque nos gusta! ¡Y no tiene que venir un ilustrado a decirnos si es bueno o es malo! ¡Eso lo decimos nosotros! ¡Pues estaría bueno! **(Llaman a la puerta.)** Anda, Mariano, tú que estás de pie, mira quién es.

(Abre QUEROL **la puerta, y entran** ISIDORO MÁIQUEZ **y** GARCÍA PARRA**, que se incorporan a la reunión.)**

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¿Se admite a dos extraviados?

RITA LUNA.- ¡Vaya par!

JOAQUINA BRIONES.- Dios los cría y ellos se juntan.

JOAQUÍN DE LUNA.- A ver si queda chocolate para estos dos jenízaros.

COLETA PAZ.- Ni una gota.

GARCÍA PARRA.- Es lo mismo.

ISIDORO MÁIQUEZ.- No preocuparse, señoras y señores, que no traemos necesidad.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Habéis estado en el entierro?

ISIDORO MÁIQUEZ.- Amigo don Joaquín, esa pregunta es ociosa. Su propia hija lo puede acreditar.

RITA LUNA.- Y después, en la taberna.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Unas modestas libaciones en honor y memoria de nuestra pobre amiga.

JOAQUÍN DE LUNA.- Nos deja muy solos, Isidoro. Con ella se ha ido lo mejor de nosotros.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Considere que *La Tirana* no nos ha dejado hoy, don Joaquín. El día que se retiró fue el verdadero día de su muerte, hace ya diez años. Hoy sólo ha sido su entierro.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡El día que se retiró, cuando le dio el síncope en el escenario! Todavía se me pone carne de gallina, siempre que me acuerdo. Hacía el *Asdrúbal*, de Comella, y yo, que estaba recién jubilado, veía la función en una luneta. En el momento de más fuerza trágica, con todas sus facultades prodigiosas lanzadas como un torrente, se tronchó como una rama y cayó al suelo jadeando y ahogándose. Se quedó helado todo el teatro, y de repente nos pusimos de pie, aplaudiendo como locos. Todos sabíamos lo enferma que estaba y aplaudíamos con todas nuestras fuerzas, con las lágrimas corriéndonos por la cara. Cayó el telón, y fue como acabarse el mundo, no sabíamos qué hacer, ni a dónde ir. Un inglés que estaba en el teatro y se enteraba de la mitad, escribió un libro en su lengua, diciendo que la función se había interrumpido porque el público no pudo resistir la emoción trágica de aquella interpretación tremenda, ¡como si no estuviéramos acostumbrados a ver las interpretaciones de aquel portento! Al día siguiente, pidió su retiro. Treinta y ocho años tenía entonces, y era una mujer hermosísima.

JOAQUINA BRIONES.- Pues ya está descansando, la pobre. Diez años de jubilada, malvendiendo lunetas en el teatro del Príncipe, y a la bóveda de los Descalzos.

RITA LUNA.- ¡Bendito sea Dios, y qué conversación tan alegre! ¡Es un gusto escucharles!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Y de qué se ha de hablar en un día como hoy? Es lo menos que podemos hacer, ¿no? ¡Dios, qué mujer! ¡Había que verla en la *Hipermenestra*! ¡O en la *Talestris, reina de Egipto*! ¡O en *La hija del aire* o en la *Celmira*! Justamente, cuando hizo la *Celmira* en el año ochenta y siete, publicó *El Correo de los Ciegos* un soneto

en su honor, que tenía mérito.

RITA LUNA.- ¡A que nos suelta el soneto!

JOAQUÍN DE LUNA.- Pues claro que lo suelto, que para eso me lo sé. Venía primero un artículo que la ponía en los cuernos de la luna, y luego el soneto, a ver si me acuerdo:

Sí, no dudéis, España la produjo,

y el universo todo es quien la admira:

con su presencia, majestad inspira

y en ella el cielo acreditó su influjo.

Del histriónico arte es el dibujo

más cabal, más heroico; en él se mira

cuanto a triunfar del ánimo conspira,

porque a su imperio sólo se redujo.

En la *Celmira* expresa las pasiones arrebatada a tan sublime esfera, que aún no la alcanzan las admiraciones. En fin, si la Celmira ahora viviera, de esta dama en la voz, en las acciones, su original en el traslado viera.

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¡Muy bien, don Joaquín, eso es recitar!

ANTONIO PINTO.- ¡Que aprendan los jóvenes!

JOAQUINA BRIONES.- ¿Y se puede saber por qué se jubiló el señor?

JOAQUÍN DE LUNA.- Pues hay unos versos antiguos, del año ochenta y uno, en honor de *La Tirana*, que me apuesto la vida a que no acertáis quién los hizo.

QUEROL.- ¿Comella? ¿Laviano?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Ca!

RITA LUNA.- ¿Quién los hizo, padre?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿No lo acertáis?

ISIDORO MÁIQUEZ.- Me parece que no.

RITA LUNA.- Dígalo usted, y déjese de adivinanzas.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Pues fue Moratín!

(Incredulidad general.)

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¡Je, je, Moratín!...

RITA LUNA.- Será algún chascarrillo...

COLETA PAZ.- ¡Pero si no la podía ver!

JOAQUINA BRIONES.- Decía y escribía que no era buena actriz porque exageraba las pasiones. Con esas palabras.

ISIDORO MÁIQUEZ.- La Tirana, demasiado caliente, y yo, demasiado frío. ¡Cualquiera le encuentra la temperatura, al buen señor!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Je, je! Eso ya lo decía al final, cuando veía que *La Tirana* no le estrenaba sus engendros, pero al principio, bien que le hacía la rosca.

ANTONIO PINTO.- ¿Y te sabes también esos versos? ¿Se pueden oír?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Y no se ha de poder? Son un poco largos, pero diré las partes en que se ponderan los efectos que producía *La Tirana* en el público y en él mismo; escuchad, que casi es una declaración de amor:

¿Qué mucho que a tu vista
rendido se confiese
el corazón que en vano
su libertad defiende,
si cuando te presentas
en años florecientes
ante el callado vulgo
que de tu labio pende,
con mágico embeleso
el ánimo más fuerte
en tu placer se goza
o en tu dolor padece?
¡Qué honesta si declaras
la pasión que te vence,

o imaginando celos
tu risa desvanece!
¡Qué airada, qué terrible,
cuando en acentos breves
al atrevido amante
su desatino adviertes!
La multitud escucha,
y, absorta, duda y teme:
que son, aunque fingidos,
temidos tus desdenes.
¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién, con serenos ojos,
puede escucharte y verte?
Si alguno dudar quiso,
¡cuánta ilusión adquieren
en el ancho teatro
ficciones aparentes!
Oiga tu voz y mire
las lágrimas que viertes,
y a tus pies humillado
te dirá lo que pueden.

Bueno, ¿qué os parece?

JOAQUINA BRIONES.- ¡Vaya con Moratín!

COLETA PAZ.- ¡Parece que lo que quería era llevársela a la cama!

ISIDORO MÁIQUEZ.- Por supuesto, a mí nunca me ha hablado así.

RITA LUNA.- ¡Pues y yo, que le hice la Isabel de *El barón* y al gran señor no le gustó!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Una actriz como Rita Luna haciendo ese papelito, y todavía se queja!

ISIDORO MÁIQUEZ.- Tampoco le gustó el Leonardo

que yo hice en los Caños, pero eso se comprende.

ANTONIO PINTO.- ¡Hombre, cómo le iba a gustar, si estabas en ese plagio funesto!

COLETA PAZ.- ¡A ver si se me explica eso de una vez, que yo soy muy bruta y no lo entiendo! ¡Cómo dicen todos que *La lugareña orgullosa* es un plagio de *El barón*, si se estrenó antes!

JOAQUÍN DE LUNA.- Mira, Coleta, que te lo cuente Isidoro, y lo que él diga bueno está.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Pues sí, don Joaquín, yo reconozco que *La lugareña* es un plagio, porque eso no se puede negar, y menos aquí, entre amigos.

COLETA PAZ.- Pero si se estrenó antes, cómo va a ser un plagio.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Yo te lo explico en dos palabras. Hace unos años, Moratín escribió *El barón* para zarzuela, y nunca se llegó a estrenar, pero el manuscrito anduvo de mano en mano, y Andrés de Mendoza la copió lindamente, cambió un par de nombres nada más, y la tituló *La lugareña orgullosa*. Esa es la comedia que yo estrené a principios de enero en los Caños del Peral. A finales de ese mismo mes, vosotros estrenasteis en el teatro de la Cruz la obra original *El barón*, aunque ya no como zarzuela, sino como comedia, y el propio Moratín tenía un miedo atroz a que creyeran que el plagiario era él. Pero todo el mundo conocía la obra de mucho antes, y se sabía que el que copió fue Mendoza. ¿Lo entiendes?

COLETA PAZ.- Ya, ya, ya caigo. Ahora sí lo entiendo, ya ves tú. Copiaron *La lugareña* del manuscrito de *El barón*, y la estrenaron antes. ¡Pero qué gente más lista!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Buen escándalo se armó, con los dos estrenos casi a la vez! ¡Los partidarios de cada uno silbando al otro!

JOAQUINA BRIONES.- ¡Y mira si es casualidad! ¡Aquí estamos juntos los cómicos que hicimos las dos comedias!

RITA LUNA.- Mitad y mitad más bien, pero contrapeados, esto sí que es ocurrencia. Se podría componer un reparto de *El barón* con los que estamos aquí de los Caños del Peral y del teatro de la Cruz.

COLETA PAZ.- ¡Anda con Dios, pues es verdad! Aquí tenemos a la Tía Mónica de *La lugareña*, que es Joaquina, y la Isabel y la Fermina de *El barón*, que somos Rita y yo. ¡Si quisiéramos, podríamos hacer ahora mismo la función con lo mejorcito de cada compañía! ¡Con los dos grandes trabajando juntos!

QUEROL.- ¡Isidoro Máiquez y Rita Luna en la misma función! ¡Se podría doblar el precio de las entradas!

ANTONIO PINTO.- El inconveniente es que habría dos Leonardos, que son Isidoro y García Parra, y en cambio no tendríamos barón, porque no están aquí ni Cristiani ni Antonio Ponce.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Pues ni siquiera por ese lado habría dificultad, porque yo ensayé el papel del barón, y lo tengo a punto. Tenemos el reparto completo, conque si queréis...

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Vamos allá! ¡A que no sois capaces!

ANTONIO PINTO.- ¿Lo dices en serio, Joaquín?

COLETA PAZ.- ¡Claro que lo hacemos! ¡Lo hacemos para nosotros! ¡Ni más ni menos que porque queremos! ¡Por ver cómo sale!

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¡Yo estoy dispuesto! ¿Qué dices tú, Rita?

RITA LUNA.- Digo que estáis locos.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Se puede saber por qué?

RITA LUNA.- ¡Pero, padre, cómo vamos a hacer una función sin venir a qué, más que así porque sí!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Así se ha hecho siempre todo lo que ha valido la pena!

RITA LUNA.- ¡Pues, lo que es esta vez, sí que va a valer la pena, sí! ¡Para las telarañas!

COLETA PAZ.- Pero, Rita, mujer, si al fin y al cabo es un capricho, qué trabajo te cuesta...

RITA LUNA.- No es punto de trabajo, es de razón. ¿Tenemos alguna razón para hacer *El barón* ahora, si puede saberse?

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Pues la razón de que queremos! ¿Te parece poca?

RITA LUNA.- Poquísima.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Esto será una prueba, Rita, para ver cómo nos resultaría si lo quisiéramos repetir ahora, con los que estamos aquí.

ANTONIO PINTO.- Y además, guste o no guste, Moratín ya puede decirse que es un clásico, y a los clásicos hay que reponerlos...

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Alto ahí! ¡Todos sabemos quiénes son los clásicos, y vamos a no mezclar berzas con gazpachos! Hacemos *El barón* porque es una curiosidad y porque queremos ver cómo resulta ahora, pero nada más.

ANTONIO PINTO.- ¡Y porque es un clásico Joaquín, reconócelo!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Mira, cállate, que no respondo! ¡Que no respondo!

COLETA PAZ.- ¿A que se nos enzarzan, el chorizo y el polaco, como dos críos?

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¡No, no ha de ser así! Señores, no hay para qué disputar por una cuestión que no es pertinente. La inmortalidad de don Leandro no la hemos de decidir nosotros, sino la posteridad.

JOAQUÍN DE LUNA.- ¡Eso, la posteridad! ¡Ahí te espero, Antoñico! A ver si dentro de un siglo o dos hay quien represente *El barón*.

ANTONIO PINTO.- ¡No, que se han de representar las obras de tu Comella! ¡El *Carlos XII en Poltava*, o *La escocesa Lambrún*, por ejemplo!

JOAQUÍN DE LUNA.- ¿Es que sería un disparate tan enorme?

ISIDORO MÁIQUEZ.- **(Conciliador.)** Para entonces habrá ingenios nuevos, y se representará lo que ellos escriban...

COLETA PAZ.- ¡Pero a qué tanto hablar en balde! ¿Hacemos *El barón*, o no lo hacemos?

JOAQUINA BRIONES.- Vamos, Rita, mujer, que estamos pendientes de ti...

RITA LUNA.- Si yo no digo que no, sólo que me parece tan bobo hacerlo así, en una ventolera, nada más que para nosotros, como antes decía Coleta... Saldrá una patochada...

JOAQUINA BRIONES.- ¿Y por qué no hemos de hacer la mejor función de nuestra vida, si queremos?

RITA LUNA.- Porque nos falta el público, Joaquina, y sin él no somos nadie. Necesitamos que otros nos vean, para poder existir.

ISIDORO MÁIQUEZ.- **(Coge a** RITA **por los hombros, y se acerca con ella al proscenio.)** Ven, Rita, ven aquí conmigo. Así. Mira esas butacas, míralas con atención. Con toda la atención que puedas, míralas con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Ahí está el público, ¿lo ves? Medio oculto en la oscuridad, como una apretada formación de callados fantasmas. Lo ves, ¿verdad? ¿Verdad que lo ves? Está ahí, en silencio y alerta, pendiente de nosotros, dispuesto a ser amistoso o terrible. Yo lo veo, Rita, y lo siento dentro de mí. Siento el peso tremendo de su presencia, siento su calor que acelera mi sangre y me angustia el corazón cuando me pongo delante de él... Y siento también el poder oscuro y reconfortante de su silencio, la fuerza misteriosa que nos viene de un público atento...

RITA LUNA.- Isidoro, tú acabarás en el hospital de los locos.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Una gitana me anunció que moriré joven y loco.

(Entre tanto, los demás actores se han ido acercando también al proscenio, mirando al público, detrás de RITA LUNA **y de** ISIDORO MÁIQUEZ**.)**

ANTONIO PINTO.- Este de hoy parece un público muy fino, ¿verdad? Lo digo porque no veo por ninguna parte los garrotes de los mosqueteros, preparados y dispuestos para romper cabezas del bando de los polacos o del de los chorizos...

JOAQUÍN DE LUNA.- Hoy es función especial. Ha muerto *La Tirana*, y la mosquetería que tanto la aplaudió está de duelo, por eso no han traído los garrotes y están todos tan serios, con esa compostura y ese decoro, aunque alguno hay que tose, que ya lo he oído...

COLETA PAZ.-¡Hombre, si está constipado!... Pero bulla, no meten ninguna, están muy formales...

JOAQUINA BRIONES.- ¡Los mejores mosqueteros que pudiéramos soñar!

MARIANO QUEROL.- Ya que nos los inventamos, lo hacemos a nuestro gusto.

ISIDORO MÁIQUEZ.- Nada de inventados. Si ellos no existieran, no existiríamos nosotros.

ANTONIO PINTO.- Existen sin la menor duda, ¡pues estaría bueno! Y tengo constancia de que todos ellos son personas virtuosas, respetables y con mucha ilustración.

COLETA PAZ.- Yo los quiero muchísimo, a todos.

JOAQUÍN DE LUNA.- En fin, basta de divagar. ¡El reparto está hecho! Pinto y Querol hacen el Don Pedro y el Pascual, y tú... **(A** GARCÍA PARRA**.)** tú me preocupas, mocito, que no has abierto la boca desde que entraste por esa puerta. ¿Podrás hacer el Leonardo, o te has quedado mudo?

GARCÍA PARRA.- Sí que lo haré, don Joaquín, que yo lo hice en el teatro de la Cruz y no se me ha olvidado.

JOAQUÍN DE LUNA.- Vaya, menos mal. Pues, a ello. A ver, esas ropas colgadas a quien le vienen, y que cada cual coja lo que mejor le cuadre. Tiene que salir superior, que es en honor de *La Tirana*. Y como yo no tengo papel, seré el apuntador, por si alguna memoria se nos descarría fuera de vereda.

ANTONIO PINTO.- ¿Ves, hombre, como el teatro no se muere ni se acaba así como así? ¡Si se hace solo!

JOAQUINA BRIONES.- ¿Cómo solo? ¡Lo hacemos nosotros!

ISIDORO MÁIQUEZ.- Don Joaquín, lo que a mí me preocupa es el final. Ni en los Caños del Peral ni en el teatro de la Cruz resultó bien, ¿se acuerda? Hubo su miajita de risas y soflama a cuenta de tanta moraleja con su arrepentida y su sermón...

ANTONIO PINTO.- Hombre, Isidoro, que los de las risas fueron cuatro chorizos ignorantes que no tenían en cuenta que el teatro es escuela de costumbres...

JOAQUÍN DE LUNA.- Ya, ya. Escuela de costumbres, pero no hace falta cantar a coro la doctrina como los

párvulos de la parroquia. Tienes razón, hijo; en ese final, el señor Moratín se nos muda en un dómine de tres al cuarto, con aquella amonestación dulzarrona, en estilo y maneras de confesionario, a la infeliz Tía Mónica...

ISIDORO MÁIQUEZ.- Y fíjese que la amonesta por haber querido salirse de su esfera, don Joaquín: resulta que viene a decir lo mismo que Calderón, que cada cual haga bien el papel que Dios le dio, y no pretenda cambiarlo por otro. ¡Parece mentira que, a estas alturas, un hombre educado en Francia pueda decir eso!

JOAQUÍN DE LUNA.- Oye, pues sí que tiene gracia, ya lo creo que la tiene. Tanto odiar a Calderón, para luego poner la misma moraleja que *El Gran Teatro del Mundo*, aunque eso sí, ¡con las tres unidades! ¡No faltaba más!

ISIDORO MÁIQUEZ.- Entonces, ¿qué le parece que hagamos? ¿Improvisamos un poco en el desenlace para cambiar eso?

JOAQUÍN DE LUNA.- Si podemos evitar los cambios mejor. Lo escrito, escrito está, y no conviene tocarlo a no ser que haya verdadera necesidad. ¿Sabéis lo que yo haría con el final de *El barón*? Pues exagerarlo, que se vea que no nos lo creemos, que es una broma, vamos.

ANTONIO PINTO.- ¡Aironeia!

JOAQUÍN DE LUNA.- Eso es, ironía. Adelantándonos a la risa del público, podemos reírnos todos juntos.

COLETA PAZ.- ¡Nos reímos juntos de Moratín!

JOAQUÍN DE LUNA.- No, Coleta, nada de eso. En el café, sí, pero en el teatro, no. En el teatro, ya tenemos bastante si nos reímos con lo cómico, y aún mejor si sólo nos sonreímos, cuando a la comicidad la embozamos en su mantilla de maja de manera que sólo muestre algún matiz... algo que permita adivinarla más que verla... Eso quiero que saquéis en este desenlace, sólo con vuestra forma de decirlo. A ver si sois capaces.

MARIANO QUEROL.- ¡Pues no vamos a ser!

ANTONIO PINTO.- ¡Hombre, Joaquín, parece mentira!

JOAQUÍN DE LUNA.- Y otra cosa, escuchadme todos. Ya he dicho que lo escrito, escrito está y no soy yo partidario de cambiarlo, que parece que es como engañar al público, pero... aligerar un poquito... sólo un poquito, claro, un

cortecito de nada para arreglar alguna de esas tiradas que no se acaban nunca, ya sabéis... hay veces en que el autor se pone a escribir y no sabe cuándo dejarlo, y luego... ¡je, je!, luego viene lo que decía Lope, la cólera del español sentado...

ISIDORO MÁIQUEZ.- ¡Y eso que, en el tiempo de Lope, los mosqueteros estaban de pie!

JOAQUÍN DE LUNA.- La cólera de esos ya debía de ser el acabose, amigo Isidoro. En fin, ya sabéis mi idea, peinar un poquito algún que otro parlamento largo, y salvar el final con un poco de buen humor... A vuestro buen juicio queda, conque vamos allá. Mirad a ver si corre este telón... prueba, con cuidado... Sí corre, sí. Déjalo corrido que cuando se abra, tenéis que empezar.

(Queda él solo frente al público, delante del corrido telón.)

Y a ver lo que hacéis, que yo juraría que tenemos público. Lo adivino en la oscuridad de la sala, un público serio y callado que me da escalofríos. Es como un dios invisible que espera lo que hagamos para darnos el premio o el castigo. ¿Cómo se le habrá ocurrido venir al teatro? Quizá lo hemos conjurado sin darnos cuenta y ahora está aquí, ya no hay remedio. Otra vez estoy a cuerpo limpio delante del público a pesar de los años, de los achaques de la edad... otra vez con el toro delante, y no basta con salir del trance, no... hay que hacerlo con dignidad y gallardía, lo que se dice una papeleta. Y así un día y otro, toda la vida del cómico y toda la vida del público, siempre el uno frente al otro... como ahora mismo... un combate que empieza al descorrerse el telón... ¡Ahora!

(Descorre el telón empujándolo, y apartándose con él a un lateral. Aparece el decorado de «El barón»).

FIN